

Perspectivas de la educación superior en México



JUAN RAMÓN DE LA FUENTE

Pensar en la Educación Superior como proyecto nacional, nos lleva necesariamente a tocar diversos puntos que inciden en ella, para tratar de precisar su verdadera dimensión.

Hay que empezar por ubicar el asunto de la educación superior y en particular de las universidades, en el contexto de la llamada era del conocimiento, y para ello es necesario referirse, por lo menos, a dos de los fenómenos que la condicionan: la globalización y la revolución tecnológica, sobre todo la vinculada a las nuevas tecnologías de la información.¹

El proceso de mundialización en que estamos inmersos provoca reacciones intensas y con frecuencia enconadas. Sin embargo, la globalización no es un fenómeno nuevo; ha estado siempre acompañada de una transformación en los sistemas de comunicaciones entre los seres humanos y de nuevos descubrimientos, que han permitido transitar a etapas sucesivas en la historia.

En cierta forma, como se ha dicho, la globalización empieza cuando el viejo mundo encuentra al nuevo mundo, que en tantas cosas era más antiguo que el viejo. A partir de ese encuentro, ha habido un proceso permanente de globalización y una incesante revolución tecnológica: de la vela a la máquina de vapor, del transporte terrestre al aéreo, del hilo telefónico a la comunicación inalámbrica, etcétera.

Lo novedoso en la globalización actual es la aceleración del proceso. Ahora vivimos la información en tiempo real.

Sabemos lo que pasa en el mundo al momento en que está sucediendo, instantáneamente. Esto es lo que mejor define al fenómeno de la globalización actual, que, además, trasciende los aspectos estrictamente económicos, influye en la política, afecta la cultura y modifica la vida social. Casi simultáneamente, siendo a la vez causa y efecto, se dio un hecho político de la mayor trascendencia: la liquidación de la coexistencia de los grandes bloques y el consecuente fin de la bipolaridad internacional.²

Hay quienes, frente a la globalización, se han dedicado a elaborar catálogos de los desastres que traerá consigo. Otros prefieren volverle la espalda. Pero la realidad es que la globalización no se puede negar, eludir o disimular.

Ciertamente este proceso abre grandes incertidumbres, pero también muchas expectativas. La cuestión, en todo caso, es si somos o no capaces de limitar sus riesgos y aprovechar las oportunidades que genera.

En tanto que la globalización actual nos acerca en el tiempo y en el espacio, muchos de los principales problemas que confrontamos se han vuelto internacionales e interdependientes, y se han agudizado las contradicciones entre los intereses mundiales y los nacionales, al grado que el concepto del Estado-Nación confronta hoy en día graves cuestionamientos.³ En todo caso, lo que determina que el fenómeno de la globalización sea irreversible, es la revolución tecnológica misma, la cual, en buena medida, lo propició.

² Felipe González hace un breve pero interesante recuento de estos y otros temas afines en su artículo *Siete Asedios al Mundo Actual*. Publicado en *Nexos*, 243: 38-45, marzo, 1998.

³ A propósito de los conflictos bélicos recientes, Václav Havel se refiere con una perspectiva humanista al problema de fondo en su artículo *Kosovo and the End of the Nation-State*, publicado en *The New York Review*, junio 10, 1999.

¹ En el libro *The University and the Knowledge Society* publicado por la Universidad de Nijmegen (The Netherlands, 1998) por P. Baggen, A. Tellings y W. Van Haaften se hace una descripción bastante completa del papel que debe jugar la Universidad en la "sociedad del conocimiento".

Hay quienes postulan que es posible graduar la revolución tecnológica para limitar su costo social. Esto se antoja poco viable. Son procesos difíciles de controlar. Más bien habría que asumir el reto que representa y sus consecuencias. Si bien es cierto que el costo social puede ser alto, éste será mayor cuanto más nos neguemos a enfrentarlo.

Ocurre que la revolución tecnológica que vivimos plantea problemas realmente complejos. Un buen ejemplo es el de la competitividad internacional. Quien no se adapta con rapidez a los cambios tecnológicos mediante un proceso permanente de reconversión y de reestructuración, queda fuera del mercado. Esto puede ser catastrófico en una época en la cual ya no es posible cerrar las fronteras. Junto a este fenómeno está el gravísimo problema de la inequitativa distribución de la riqueza, que tiende a acentuarse precisamente ante la falta de competitividad de algunas sociedades.

¿Cómo avanzar en un desarrollo con justicia en estos tiempos de globalización y de revolución tecnológica? ¿Y cuál puede ser el papel de las universidades dentro de esos procesos y en este contexto? Intelectuales y estadistas, críticos independientes, empresarios y partidos políticos, se dan a la tarea de tratar de contestar la primera pregunta, y en un ámbito más restringido, también la segunda. No hay respuestas unívocas, pero lo que parece cada vez más claro es que éstas sólo podrán formularse desde el sistema educativo.⁴

Si lo esencial en la política es dar respuestas a los problemas de la sociedad, hoy más que nunca la política debe centrar su mirada en la educación, para encontrar soluciones a dichos problemas y hacer el propósito de sacar el mayor provecho posible tanto de la globalización como de la revolución tecnológica.

Como postura ideológica, es preciso insistir en la necesidad de evitar que las leyes del mercado se instalen de lleno en el sistema educativo. Si esto ocurre, la educación acabará convirtiéndose en el mejor de los casos en una industria. La polémica es conceptual y define la política educativa de un país: si la educación es un bien público ¿Por qué habría de subordinarse a las leyes del mercado?

El asunto es de tanta complejidad como trascendencia. En las sociedades democráticas existe una demanda creciente de educarse cada vez mejor, al tiempo que los estudios duran cada vez más y son cada día más costosos. Para limitar estos costos, algunos países han empezado a reducir su oferta educativa, mientras que otros "confían" al merca-

do la tarea de hallar los recursos necesarios para financiarla. ¿Dónde quedan entonces los compromisos sociales de los Estados liberales?

Algunas instituciones de educación superior se han convertido ya más en empresas que ofertan sus servicios, que en instituciones que forman recursos humanos, generan conocimientos y difunden la cultura.⁵

El problema de fondo, hay que insistir, es que donde prevalezca la ley del mercado, la educación correrá el riesgo de desnaturalizarse. Y es que el mercado no es sensible a las aspiraciones sociales de los países, ni necesariamente solidario con sus mejores causas.

¿Podrán las universidades sustraerse a las leyes del mercado, a las entronadas leyes "del beneficio"? Si no pueden sustraerse, si pueden contribuir a modularlas, a menos que se acepte que irremisiblemente éstas van a definir todas las actividades humanas.

La universidad es una institución sólida y duradera. Desde sus orígenes medievales en Bolonia y París, y más adelante en Santo Domingo y México, ha sido capaz de sostenerse a lo largo de los siglos, y aunque periódicamente ha sido cuestionada, su fortaleza ha resistido las pruebas del tiempo y de la historia. No hay duda: la universidad ha sabido adaptarse a los cambios, en parte porque muchos de ellos se han generado en su seno.

Hoy, sin embargo, ha surgido una nueva y poderosa competencia para las universidades, radicada en los sistemas de tele-enseñanza y autoeducación que, haciendo uso de las tecnologías modernas, va creciendo en forma paralela y, en algunos casos, más acelerada que las propias instituciones universitarias: los profesores se convierten en "expertos en contenidos", los estudiantes en "clientes" y los diplomas son, por supuesto, digitales (diploma.com).

En este contexto, la universidad confronta el doble reto de mantenerse a la vanguardia de la tecnología educativa, y al mismo tiempo fortalecer los principios de rigor académico, libertad de cátedra y compromiso social que le han dado sustento y razón de ser.

Hay, pues, ante los escenarios actuales, unos aspectos de las universidades que deben mantenerse y otros que deben cambiar. Lo que debe preservarse son, esencialmente, sus valores, los principios éticos que norman su vida y definen su misión: la búsqueda de la verdad, el respeto a la diferencia, las formas rigurosas de aproximarse al conocimiento,

⁴ Carlos Fuentes abundó en esta idea en su discurso del 7 de octubre de 1999 al recibir en el Senado de la República la presea "Belisario Domínguez".

⁵ Una visión general del problema se describe en *The Economist*, febrero 17, 2001 bajo el título *On Line Education, Lessons of a virtual timetable*.

etcétera. Tal es el verdadero valor agregado que la educación universitaria tiene, y que no contienen por sí mismos el disco compacto, la red conocida como internet, ni la educación virtual.

Al mismo tiempo hay que revalorar la función docente. Plantearse sin titubeos cómo debe entenderse el trabajo de enseñar, formar y educar, de cara a la globalización, a la sociedad del conocimiento.

Frente a ellas y con la revolución tecnológica de la información encima, vemos como hay universidades que se transforman para fortalecerse; universidades que no cambian y se van marginando; y universidades que surgen, algunas de las cuales se han autodenominado universidades virtuales.⁶

Pero educar es mucho más que proporcionar información y transmitir contenidos epistemológicos. Educar es formar personalidades, constituir a los sujetos éticos que habrán de asimilar y hacer suyo todo un orden cultural y moral en el cual los conocimientos adquiridos en la universidad mantengan pertinencia y sentido. Educar es forjar seres humanos libres, sensibles, autónomos, críticos y creativos, comprometidos con la comunidad a que pertenecen, aptos para el ejercicio consciente de la democracia, así como para enriquecer y dar continuidad a la tradición cultural en la cual están inmersos.

Eso es lo que han hecho los maestros de todos los tiempos en las universidades, y en ello estriba la posibilidad misma de que lo más genuinamente humano —y todas las creaciones intelectuales conocidas a lo largo de la historia finalmente lo son— continúe latiendo con fuerza y con plena vitalidad en los sistemas educativos y sobre todo en las universidades.

Ese componente esencialmente humano de la educación no puede ser asumido por la tecnología. No puede virtualizarse. Ese elemento humano es el que hay que seguir acrecentando con mayor ímpetu y dedicación, cuanto más avance la tendencia a confundir la educación con la eficacia de la tecnología didáctica; pues ésta, aunque es en sí misma positiva y tiene un futuro formidable como complemento en la enseñanza, es también insuficiente para llevar a cabo una verdadera labor educativa.

Se piensa que las nuevas tecnologías de la información habrán de acortar las grandes desigualdades sociales que aun subsisten en los países y entre países, ojalá y así sea, pero las cifras disponibles actualmente no necesariamente apuntan en esa dirección: en los países desarrollados en los



cuales se concentra el 15% de la población mundial, se estima que el 88% de ésta tiene acceso a internet, en tanto que en los países en desarrollo, en donde se encuentra el 85% de la población mundial, solamente lo tiene el 12%. No hay duda, internet se ha convertido en la herramienta más eficaz que hoy existe para difundir conocimientos. El problema, se decía, es de gran trascendencia, porque hoy se reconoce que la economía está sustentada, en buena medida, en el conocimiento. El conocimiento tiene un valor económico y es, sin duda, el principal ingrediente del capital social de los países.

Un buen ejemplo de ello lo ilustra el hecho de que en la actualidad, casi todos los nuevos conocimientos, los verdaderamente novedosos, son guardados con gran celo por patentes con inmenso valor económico. En 1999 la empresa IBM, registró 2,756 patentes, superando a las 2,643 que registraron juntos 134 países en el mismo lapso. Cada vez es más evidente que la concentración del capital está muy ligada a la concentración del conocimiento, y viceversa.⁷

Hay, pues, que analizar con cuidado, con rigor y con objetividad cuáles están siendo y cuáles serán las verdaderas

⁶ *La Virtualización de la Universidad* publicada por IESLAC/UNESCO, Caracas, 2000.

⁷ Organization for Economic Co-operation and Development (OECD). *Knowledge Management in the Learning Society: Education and Skills*. Paris, 2000.

consecuencias sociales y económicas de esta revolución tecnológica. El capital acumulado por los tres hombres más ricos del mundo, que tienen fuertes inversiones en empresas líderes en el desarrollo de nuevas tecnologías de la información, supera al producto interno bruto de los 48 países más pobres del planeta. Pretender tratar como iguales a los desiguales, no es más que privilegiar más a los privilegiados.

Un reto fundamental que tienen que afrontar universidades como la UNAM, radica en asumir plenamente su responsabilidad para conjurar la amenaza de que esta era del conocimiento, llena de enormes potencialidades, revierta a una nueva edad oscura caracterizada por falsas creencias: la supremacía de los mercados, la confusión generada por la realidad virtual y los fundamentalismos sociales disfrazados de avanzada progresista.

Es necesario también que los gobiernos tengan una concepción clara del papel que pueden desempeñar las universidades en ayudarles a sus respectivas sociedades a resolver esos problemas y acortar las brechas sociales que, de lo contrario, pueden llegar a ser insondables.

En la universidad, particularmente en la universidad pública, la educación y la ciencia se encuentran, se nutren y propician que el conocimiento avance. Un país sin ciencia propia está irremediabilmente condenado a sumirse en sus rezagos y a mantenerse en los suburbios de la globalización.

Cifras del Banco Mundial, ilustran realidades preocupantes: una división entre países en desarrollo y países ricos muestra que, mientras el ingreso de estos últimos es 42 veces mayor que el de los primeros, su gasto en investigación es 218 veces mayor. Seguramente su ingreso seguirá aumentando aceleradamente en los próximos años, porque están invirtiendo en generar nuevos conocimientos que habrán de traducirse en nuevas patentes, nuevos desarrollos tecnológicos y mayor riqueza.⁸

Hoy se estima que el conocimiento se duplica cada cinco años. Economías que eran muy pequeñas hace algunos años y que hoy son realmente poderosas, corresponden a países que durante las últimas décadas tuvieron, entre otras, una constante: el incremento gradual y sostenido de su gasto en educación y en particular en educación superior e in-

vestigación científica. En México, la UNAM ejerce el 23% del presupuesto federal en ciencia y tecnología y produce cerca del 50% de la investigación que aquí se genera.

Existen en el mundo aproximadamente 7 mil universidades registradas; pero de los 560 millones de jóvenes que deberían acceder a ellas, sólo lo hacen 88 millones. En los países con alto ingreso, uno de cada dos jóvenes tiene acceso a la universidad, mientras que en los países con bajo ingreso sólo llega uno de cada diez.

En nuestro país hay aproximadamente dos millones de estudiantes matriculados en instituciones de educación superior. El 72% lo hace en universidades públicas. Es decir, el peso de la educación superior en México gravita en ellas. Aun así, la cobertura estimada para el grupo de edad entre los 20 y 24 años es apenas del 18%.⁹ Es claro que se requiere de un mayor apoyo a la educación superior y en particular orientado a aquellas instituciones que cargan con el peso de una mayor responsabilidad social.

Los costos de la educación superior son otra variable fundamental para ponerla en perspectiva: mientras que en las universidades públicas el costo anualizado por alumno en promedio oscila entre 20 y 30 mil pesos al año, en las privadas los costos en promedio por alumno varían entre los 45 mil y los 75 mil pesos, llegando en algunos casos a los 100 mil pesos anuales.

Los estudios de posgrado muestran también realidades contundentes: la matrícula nacional de posgrado es de 118 mil estudiantes, la UNAM contribuye con el 15%; además, capta al 34% de los estudiantes de doctorado del padrón nacional y uno de cada dos de quienes han obtenido el grado, es egresado de ella.

Algunas de las ideas y de las cifras aquí descritas, muestran la magnitud de los retos que hay que afrontar para construir ese gran proyecto nacional que debe ser el de nuestra educación superior. Explican, asimismo, mi convicción muchas veces expresada en voz alta, de la necesidad que tenemos de dar un mayor impulso a las universidades, que vaya más allá del discurso, del informe oficial, de los buenos deseos; y, finalmente, ponen de relieve una vez más, el papel que juega la UNAM en este contexto, su grave responsabilidad y la necesidad que tiene de hacer los cambios que le permitan enfrentar exitosamente las nuevas condiciones globales y nacionales en las que está inmersa. ♦

⁸ Las cifras aludidas fueron dadas a conocer durante la Conferencia *University Governance and the Stake holder Society*, por el entonces Vicepresidente del Banco Mundial Ismail Serageldin.

Auspiciada por la Asociación Internacional de Universidades. Durban, 2000.

⁹ ANUIES, Indicadores Básicos de Educación Superior 2000 y 2006. México, 2000.